

HOMENAJE A DON OSCAR MIRO QUESADA DE LA GUERRA EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

(Sesión Pública del 28 de agosto de 1984)

DISCURSO DEL ACADEMICO DON ESTUARDO NUÑEZ: "OSCAR MIRO QUESADA Y LA DIMENSION HUMANISTA DE SU OBRA"

Estamos convocados en este recinto para rendir homenaje a un ilustre exponente de la cultura peruana en el Centenario de su nacimiento. Se llamaba Oscar Miró Quesada de la Guerra, pero el público que lo leyó extensa y fervorosamente lo conoció como *Racso*, el seudónimo que él escogió, deletreando al revés su nombre de pila. No pretendía con este seudónimo afirmar o proclamar una posesión material como en el caso de Pedro Paz Soldán y Unanue quien adoptó el apelativo "Juan de Arona", o una amarga protesta del mismo al transformarlo en "Juan sin tierra", o una efectista vanidad: "El Conde de Lemos", con que se adornaba Abraham Valdelomar, o una elaborada suma de cualidades (como en el caso de "Martín Adán"), o una confirmación de oficio como sucede con "Juan Croniqueur" (en el caso de José Carlos Mariátegui). "Racso" es la mera y llana expresión de modestia y de humildad intelectual, un simple nombre de pila leído al revés, de alguien que no quiere ufanarse de nada, de quien no ambiciona reconocimiento,

recompensa o prebenda. Así Racso (el seudónimo) resulta el símbolo de la modestia de Oscar Miró Quesada y encarna una actitud ejemplar de desprendimiento ante la vida, ante los hombres y frente a la cultura de su época.

Tengo una lejana deuda contraída con Don Oscar, allá en mis tiempos de estudiante de los primeros años de secundaria. Bullían en mis adentros unas primeras inquietudes de larvada vocación por las letras, manifestada en el voraz afán de enterarme de cuanto encerraba ese mundo insondable de la cultura. Yo no sabía aún qué era la filosofía y Don Oscar me la enseñó en pocas y llanas frases que leí de él, con las quintas esencias de su saber expuestas en un breve artículo publicado en "El Comercio". En un destartalado cuaderno de recortes que todavía conservo de esos años míos de escolar, figura la página de "El Comercio" que atrajo mi curiosidad: un artículo de Racso titulado "¿Qué es la filosofía?". Una llana y clara explicación contenida en él, me dio las primeras luces para orientarme en el universo del saber. Supe así inicialmente resolver el enigma que atormentaba mi ignorancia.

Más tarde vinieron los cursos regulares y, ya en la Universidad, las magistrales lecciones de Mariano Iberico y también mi voluntario desplazamiento al campo de la literatura en su historia y en su teoría. Le pago a Racso tardíamente una deuda que ahora saldo junto con mi nostalgia de esos años jubilosos de aprendizaje que no volverán.

Muy joven todavía, a los diecisiete años, ingresa como estudiante de medicina a la Universidad de San Marcos. Pero, interrumpiendo esos estudios, viaja a Francia, país que significó para Miró Quesada la realización de un ideal formativo. Allí tomó contacto con una cultura irradiante y deslumbrante para un joven de su edad —los 19 y 20 años—. Dominando el idioma francés, asimiló con un fervor y una entrega total, los mejores logros de esa cultura en el campo de la ciencia aplicada, la filosofía y el perio-

dismo. A su regreso, a fines de 1905, trocó los estudios médicos por los de Letras y Jurisprudencia, seguidos éstos con asiduidad e inquietud renovadora ante el conservadurismo retardatario de la Universidad de entonces.

Pertenecía a la generación del novecientos, grupo brillante que ya, desde antes de haberse incorporado algunos de sus miembros a la cátedra universitaria, o fuera de ella, produjo un vuelco en el destino histórico-cultural del Perú.

De aquella primera experiencia de contacto y de aproximación a la cultura francesa y de su posterior frecuentación de la bibliografía de ese origen, deriva el sello particular de su prosa sencilla y cristalina, guiada por la lucidez de su mente privilegiada, que recuerda a los grandes escritores galos, forjadores del idioma como dechado de pulcritud y de claridad aun tratando los temas más abstractos de la ciencia y de la filosofía. Puso Miró Quesada estos dones de claridad y de fácil medio de transmisión del pensamiento, al servicio de la renovación de las ideas de acuerdo con la modernización de los conocimientos, tarea que la Universidad no alcanzaba a realizar entonces, dada su orientación tradicionalista y retórica.

Si bien Miró Quesada aparece desde sus comienzos incorporado a un grupo y participa de sus inquietudes [con una aportación respetable: *Problemas ético-sociológicos del Perú* (Lima, 1908), de que nos ocuparemos más adelante en sus dos proyecciones], prosigue después con una planificada tarea de difusión de ideas y conocimientos y, desprendido del grupo generacional, se perfila solitario en un vasto empeño de divulgación didáctica del saber de su tiempo y de su espacio.

Fue tarea inmensa la que se propuso culminar gracias a la naturaleza que le brindó longevidad. Llegó a cumplir los 97 años de vida que él hizo más largos, sacrificando en aras de la cultura las horas de descanso o de ocio que otros desperdician sin beneficio para nadie.

Abarcó con singular destreza intelectual todas las facetas de la cultura de su época. Caracteriza el conjunto imponente de su obra una ilimitada voluntad de entrega al estudio y a la meditación acerca de la realidad social del Perú ya fuese en el campo de la sociología, de la educación, de la salud y principalmente del derecho penal y de la geografía, dentro de un vasto proyecto de extensión universitaria. Lejos de intereses elitistas su obra se proyecta a la comunidad, sin perjuicio de cultivar otros sectores de la cultura como las letras y la filosofía en las que su aporte es también tan valioso como su tarea divulgadora de los adelantos científicos de nuestro siglo.

* * *

En la imposibilidad de abarcar en una breve disertación todo el volumen de su obra, nos vamos a permitir señalar sólo las facetas de su extensa producción intelectual que lindan con el campo de las humanidades.

Podrían establecerse tres "constantes" en la actividad intelectual de Racso: 1) la de divulgación; 2) la de renovación y 3) la de creación y meditación. Estas "constantes" a veces se entrecruzan o confluyen en el largo proceso de su vida.

La divulgación es un programa que estuvo vigente durante toda su existencia. Servirá para caracterizar a su autor frente al lector común. Su vehículo es el periódico y su destinatario un público heterogéneo de mediano o bajo nivel cultural, para el que hacía accesibles los aspectos más disímiles de la cultura especializada. De esa suerte dio un nuevo contenido y función al periodismo. Dice Jorge Basadre al respecto:

"El suyo ha sido un periodismo raro en cualquier ciudad del mundo pues ha divulgado ideas y teorías a veces abstrusas en lenguaje sencillo y

claro; qué distinto de ese periodismo dirigido a la búsqueda de la nota sensacional en la actualidad volandera, al culto de la superficialidad y a la exacerbación de los instintos más groseros del público lector”.

La divulgación supone la apertura de metas culturales en quienes todavía no habían alcanzado la posibilidad de cumplirlas y al mismo tiempo instaurar un criterio de “extensión” de la cultura hacia sectores marginales de la población. Ese programa de divulgación tomó su punto de partida en un enunciado teórico que antes había formulado Racso en una de sus obras más estimables: *Problemas ético-sociológicos* (Lima, 1907), libro escrito a los 22 años de edad y muy elogiado por José de la Riva-Agüero, quien lo califica como “hermano gemelo del magnífico libro de Francisco García Calderón sobre el Perú contemporáneo”, y en el cual Miró Quesada consigna sus reflexiones acerca de nuestra organización política y judicial, el fomento de la agricultura, la inmigración y necesidad del incremento demográfico, la alimentación popular y la salubridad pública, la colonización, la educación popular, la economía y otros capitales problemas de la sociología peruana.

Sus apreciaciones sobre todo este conjunto de cuestiones se avalan con el conocimiento de las fuentes sociológicas entonces contemporáneas: Julián Huxley, F.H. Giddings, L. Gumplowicz, Ch. Letourneau, J.M. Guyau, Spencer, Worms, De Greef, lo cual acusaba una información muy completa y al día de la sociología de fines del XIX y comienzos del XX.

De esta suerte, Miró Quesada juzgó aplicables a la realidad peruana el razonamiento de los sociólogos positivistas, cuya resonancia en los estudios acerca de la realidad latinoamericana es innegable. Así nace su honda preocupación por la educación de los indios, por la autogenia y la

inmigración que son formas del crecimiento demográfico, por la higiene de las grandes mayorías, por la alimentación popular, en general por todos los problemas que agobiaban a la población mayoritaria, sin excluir el factor económico.

Un hombre de su generación que participaba de esas mismas inquietudes sociales, Víctor Andrés Belaúnde, publicó, forjado en la misma inquietud, casi al mismo tiempo, un libro complementario: *El Perú antiguo y los modernos sociólogos* (Lima, 1908), en el cual utiliza también el pensamiento sociológico contemporáneo para estudiar las características del Perú del pasado, en tanto que Miró Quesada lo aplicaba al Perú del presente, y por eso su volumen de 1907 podría haberse titulado *El Perú actual y los modernos sociólogos*.

El examen de los males que agobiaban a las mayorías nacionales y sus conclusiones, requerían mostrar que sus ideas funcionaban en la práctica y para ello escribe libros de divulgación complementarios como *Las enfermedades evitables* (Lima, 1916), *La formación del profesorado de enseñanza secundaria* (Lima, 1908), *La salud y el cuerpo humano - nociones de anatomía, fisiología e higiene* (Lima, 1914).

Estos textos de divulgación, al parecer elementales, no agregan nada sustancial a su vasta bibliografía. No son sin embargo los sencillos compendios de un modesto maestro de escuela. Representan en realidad la puesta en acción, el aparato práctico destinado a ilustrar el programa que había propuesto y esbozado teóricamente en los capítulos de aquel libro de doctrina social, en el cual había estudiado, a la luz de la ciencia social contemporánea, los problemas candentes del Perú y esbozado sus soluciones. Y para demostrar que estas soluciones eran posibles escribió, en forma sencilla y accesible, los libros auxiliares correspondientes. Rascó era el teórico pero al mismo tiempo el pragmático, el pensa-

dor que elucubra pero a la vez el modesto y diligente realizador de la idea.

Tuvo un especial carácter su obra de divulgación que nunca descendió a nivel inferior ni cayó en el simplismo exagerado. Consiguió antes bien mantener sus enseñanzas en un nivel decoroso. Fue “divulgador” pero no “vulgarizador” porque aunque en el uso común divulgar y vulgarizar son términos equivalentes, hay que establecer entre ellos algún matiz de diferencia. Mientras vulgarizar es “hacer vulgar o común una cosa”, divulgar —según el diccionario oficial— es “publicar, *extender*, poner al alcance del público una cosa”. Y esto es lo que hizo Racso: poner al alcance del público conocimientos nuevos o desconocidos de las humanidades y de la ciencia, “extender” el radio de acción de la cultura. Por eso se justifica su loable campaña de “extensión universitaria”, o lo que es lo mismo, de “extensión cultural”, idea y campaña que antes que nadie emprende en el Perú. Y por eso su pensamiento está orientado a lograr grandes síntesis, producto de la exacta comprensión de extensas lecturas.

En su obra de divulgación derrochó energías preciosas a sabiendas de que esa tarea no habría de significar para él la consagración definitiva y tal vez sólo una nombradía efímera. Pero lo hizo consciente de que ese esfuerzo significaba un servicio a la comunidad, aun convencido de que su obra de divulgación perdería vigencia a medida del transcurso del tiempo y del progreso de los medios de comunicación y de los conocimientos.

* * *

Esa otra “constante” que hemos denominado “de renovación”, recoge la preocupación y búsqueda de un nuevo sentido para diversos campos del saber que, en su época, estaban disociados de la realidad nacional y del adelanto

científico, como sucedía con la pedagoga, el derecho y la geografía. Racso se ocupó primeramente de la formación universitaria de los maestros y propugnó, para ese menester, la creación de una sección pedagógica en la Facultad de Letras de San Marcos que con el tiempo se convertiría en una Facultad de Educación y con cuyo modelo se crearon otras tantas en diversas universidades del país.

Otro campo objetivo de su meditación constructiva fue el Derecho. En más de un estudio aboga fervorosamente por la nacionalización de las leyes, muchas de ellas elaboradas con criterios extraños a nuestra realidad o inspiradas en un criterio centralista y capitalino. Se había legislado a espaldas del resto del país conformado en su mayor parte por una población indígena marginal y sin vínculo con la civilización occidental, bajo cuyo modelo se habían formulado las leyes.

Otro aspecto del Derecho fue también objeto de su tarea renovadora: la modernización del Derecho Penal, mucho antes de la dación del Código de 1924. Cuando propició la introducción de la ciencia criminalística en los estudios universitarios de la especialidad, no fue acogida su iniciativa. Sólo después de bregar muchos años y gracias a una campaña seguida con voluntad indoblegable pudo lograr la creación de la Cátedra de Criminología en la Universidad de San Marcos y señalar los rumbos científicos que debían introducirse en la investigación del delito y el delincuente, según propugna en estudios memorables.

Gracias a la reforma universitaria de 1919, la universidad retardataria y obsoleta que él había encontrado, pudo hacerse más permeable a sus proyectos de modernización de sistemas de enseñanza, tanto en la Educación como en Derecho y también en la Geografía del Perú.

La inquietud intelectual de Miró Quesada, sostenida y documentada en varias publicaciones: *Elementos de Geografía Científica del Perú* (1919), *La nueva geografía y la*

enseñanza universitaria (1923) y *Lecciones y conferencias de Sociogeografía* (1924), estuvo igualmente dirigida a la renovación e implantación de los estudios geográficos bajo nuevas bases. Persiguió demostrar la importancia de esta disciplina como factor de la educación cívica y pivote de integración nacional en un país como el Perú de compleja estructura física, social y económica. Hasta la década de los años 20, la Geografía (aun después de los estudios de Paz Soldán y Raimondi y de los de tantos estudiosos extranjeros viajeros por el Perú) resultaba en los manuales escolares y aun en los universitarios, una materia estéril meramente descriptiva, enumerativa de datos inconexos y obsoletos; sin contenido coherente ni rigor sistemático. Mientras tanto, la Geografía, a partir de Alejandro de Humboldt y otros investigadores europeos de alto nivel como Ritter y Ratzel, había adquirido la estructura de una verdadera ciencia inspirada en la relación de la tierra, el hombre y la sociedad; una ciencia que estudia la interdependencia y la recíproca conexión entre la naturaleza y los fenómenos físicos y biológicos entre sí y con el hombre o, en otras palabras, la disciplina que reúne los datos de las ciencias físicas y naturales con los de las ciencias antropológicas y sociales e investiga las leyes que rigen la vida del hombre sobre la tierra o sobre un sector de la misma.

En su manual de *Geografía científica del Perú*, Miró Quesada incorpora esos nuevos conceptos en un texto dedicado al estudio de la realidad geográfica nacional y aplica los criterios modernos a nuestro complejo panorama terreno y humano, con acopio de datos nuevos y seguros. El autor define a la Geografía como ciencia conexional —por las conexiones que supone entre distintas otras disciplinas— y así introduce capítulos novedosos como los dedicados al estudio del mar peruano, los ríos y los lagos, a la geografía de las plantas y animales, a la geografía humana y social, a la geografía económica. Considera a la ciencia geográfica

como una verdadera disciplina cultural que afirma el vínculo entre el habitante y su medio ambiente y contribuye a fijar en aquél el sentido de su identidad, en un cuadro de vida verdaderamente estimulante y nacionalista. Jorge Basadre considera a esa obra de Racso:

“un hermoso libro que reconcilió a muchos lectores con aquella ciencia entendida en su sentido cultural e integral, con sentido renovador pues primaban entonces textos que concedían preferencia a la lista de los nombres de los lugares del territorio y a la fase política”.

No cabe duda que la *Geografía del Perú* abrió nuevas perspectivas, completadas con sus posteriores estudios críticos sobre la materia, y creó el ambiente propicio para posteriores estudios técnicos y especiales sobre geografía económica y sobre geografía física, y sobre cartografía aplicada al Perú.

Las tareas de renovación emprendidas por Racso entrañaron, en consecuencia, una viva lección para orientar a los juristas peruanos, una fecunda orientación para los educadores y una segura guía para los geógrafos.

* * *

El campo de la creación fue otra de las “constantes” en el vasto horizonte de sus intereses intelectuales. Cultivó la poesía desde sus años juveniles pero no ingresó en los cauces de la ficción narrativa aunque sí esporádicamente en el teatro. Se detuvo primeramente en una forma poética penetrada de la efusión sentimental todavía dominante en su época de formación aún inficionada del legado romántico.

En su libro *Versos*, subtítulo *Anima triste* —editado tardíamente en 1923— reunió esa producción preparatoria

de otras expresiones de su afán creador. Sus poemas teñidos de íntima melancolía, revelan el impacto primigenio que recibió su alma adolescente a raíz de lecturas de Víctor Hugo y de Giacomo Leopardi. Epígrafes y versiones revelan su devoción por aquellos románticos de buena estirpe. Pero no quedaron allí sus predilecciones pues se extienden a otros poetas posteriores —los simbolistas— como Jean Moréas, de quien traduce partes de *El libro de las estancias*, y Henri de Régnier y André Fontainas, amén de otros colaboradores del *Mercure de France*, revista leída apasionadamente.

Habría de descubrir en este hurgar afanoso de las esencias de la poesía francesa un libro capital en su formación y en su destino: el de Marie Jean Guyau titulado *Versos de un filósofo*, que también traduce y que, en cierta manera, sirve para descubrir que en el fondo de su propia poesía se anidaba una inquietud filosófica.

De aquellas primeras aproximaciones al romanticismo, queda la traducción en prosa, cuidada y excelente, del “Canto nocturno de un pastor errante del Asia”, una de las más significativas producciones poéticas del notable romántico italiano Giacomo Leopardi. Ese poema corresponde a la línea “cósmica” del gran poeta, en que palpita el alma de un hombre pero también el alma del mundo, el sentido del misterio universal y el sentimiento del dolor humano y cósmico. Esta versión de Racso —aparecida en *Actualidades* de Lima (Nº 236, 5.X.1907)— señala además de su devoción por la cultura italiana, su preferencia por ese poeta con quien se sintió identificado. Hay ecos lejanos de Leopardi en algunos versos de Racso.

Tanto como Leopardi, fue Víctor Hugo el poeta admirado por la vastedad de su mensaje y el sentido ecuménico de su poesía, acorde en el ánimo de Racso, con el idealismo filosófico de Fouillée, Boutroux y Guyau, que lo lleva, un día más próximo a nosotros, a escribir los capítulos de su

libro *La realidad del ideal* (Lima, 1922) y a discrepar posteriormente del pansexualismo psicoanalítico de Freud.

Pero la poesía no fue el norte capital de su enorme inquietud intelectual. Responden la mayor parte de sus poemas a estímulos de la vida diaria y fueron ejercicios con que entretuvo sus horas de calma y sosiego en descanso transcurridas durante sus vacaciones de verano en Ancón y Chorrillos o del invierno en Chosica, según reza la indicación del lugar y fecha de cada poema.

Pero bien pronto hubo de llegar al convencimiento de que la forma más adecuada para volcar su pensamiento creador estaba en un género distinto, o sea el tratado o la monografía o principalmente el ensayo, definido como concepción libre y artística de una materia mediante reflexión rigurosa que, como dijo Mariano Picón Salas, permite "conciliar la poesía y la filosofía" y tiende un extraño puente entre el mundo de las imágenes y el de los conceptos. El ensayo es un género literario fronterizo entre la literatura de creación y la literatura de reflexión o de ideas, en el cual la libertad de lo poético resulta atemperada y encauzada dentro del rigor de lo didáctico.

Este es el género que Racso cultivó con singular fortuna en piezas memorables y con ellas nos ha legado un nutrido conjunto de ensayos que nos ayudan a vivir y pensar al compás de los nuevos aportes de la ciencia y de la técnica contemporánea.

Difícil sería imaginar el panorama de nuestra cultura sin ese trabajo meticuloso de divulgador, sin esa entrega desinteresada al esfuerzo de hacer accesible la complejidad de tantos aspectos de la nueva ciencia como la teoría de la relatividad, la teoría de los "cuantos", la física nuclear, la cibernética, etc. Como hombre de nuestro tiempo hizo frente al reto que significó para él el mundo de las transformaciones tecnológicas.

Era así fundamentalmente un ensayista que se movía entre la reflexión y la curiosidad intelectual orientada a las más diversas esferas del saber humanístico. Pero nada estaba tan lejos de su intención como la erudición.

Su bagaje humanístico nutría la intención didáctica de mostrar el saber moderno ligado al progreso social y científico dentro de la era de modernización y cambio que vivimos.

Complementariamente, su vasta y multifacética producción se dirigió al cultivo del ensayo filosófico y estético. Con este ropaje genérico toman fisonomía característica sus trabajos *La realidad del ideal* (Lima, 1922), *La renovación de la estética por el toreo* (Lima, 1951) y su disertación *Dualidad en Cervantes y en el Quijote* (Lima, 1953). Bastará glosar el segundo y tercero de los nombrados, para formarnos una idea cabal de la lucidez de su reflexión. En su ensayo sobre el toreo, el autor analiza las concepciones de la estética tradicional para establecer que la teoría estética reduce la amplitud de la obra de arte al concebirla como limitada a su falta de verdadera realidad, considerándola mero simulacro o imitación o simple apariencia. Pero el arte taurino es bello por ser arte de realidades, que arrebatada y conmueve, por no ser simple imitación o simulacro. En consecuencia, el toreo es un arte que escapa a la teoría tradicional de la estética, y plantea entonces el autor la necesidad de revisar y renovar esa teoría estética que frente al toreo resulta insuficiente. Para formular y reforzar su argumento Racso se inspiró en el arte de Juan Belmonte, figura memorable que también documentó otro ensayo en el Perú, el de Abraham Valdelomar. El de Racso podría figurar al lado de los mejores ensayos de nuestra literatura.

Su ensayo *Dualidad en Cervantes y en el Quijote* (Lima, 1953) había sido antecedido en muchos años por un estudio conmemorativo publicado en *El Comercio*, el 23

de abril de 1916, fecha del tercer centenario de la muerte de Cervantes, modelo de síntesis crítica que fue muy alabada por Ricardo Palma, de cuyo elogio surgió la iniciativa para incorporar a Miró Quesada a nuestra Academia, cuando ésta se reorganizó el año siguiente.

En el posterior y nuevo ensayo, Racso conduce la exégesis hacia la formulación de una teoría sugestiva, expuesta después de analizar la obra inmortal, en la cual se enlazan idealismo y realismo, siempre recurrentes, y así expone:

“En el libro famoso, a semejante hondura de doctrina se aúna la belleza de la expresión y el signo supremo del literato cumbre: la potencia creadora de personajes. Son grandes escritores los que fijan tipos eternos más reales que los seres vivientes. Por eso es grande Homero, por su Aquiles y su Ulises; por eso es grande Shakespeare, por su Hamlet y su Otelo; por eso es grande Cervantes, por su Quijote y su Sancho. Pero Homero y Shakespeare y cuantos ingenios parecidos forjaron tipos de sempiterna recordación, les dieron vida en obras distintas, separadas en el tiempo, actuando en lugares y momentos diferentes, cual fragmentos parciales de una verdad incompleta. Sólo Cervantes supo juntarlos y ofrecer en la misma novela los dos personajes supremos conviviendo en la duración y en el espacio, encadenados en peripecias coexistentes; formando, por su simultaneidad permanente, el hombre total”.

Nada más acorde con su modestia, desprendimiento y altruismo intelectual que la tarea de traductor. La cultivó desde temprano vertiendo en nuestra lengua muestras de la poesía italiana y de los simbolistas y parnasianos franceses.

Y así la tarea empezada en su juventud con la versión de poemas notables de valor universal y unos ejercicios poéticos de buena factura, desemboca más tarde en el ensayo, pleno de inquietud cultural y singular capacidad de análisis, cultivado en sus años de madurez. El ciclo de su “constante” creadora es latente hasta la última etapa de su fecunda existencia.

* * *

Las tres “constantes” que hemos esbozado provinieron de una personalidad singular privilegiadamente dotada de valores y capacidades que rara vez coinciden en un solo ser. Fue —como ha dicho César Pacheco Vélez— “un precursor múltiple, un adelantado en la comprensión de los grandes problemas y descubrimientos científicos de su tiempo, un testigo iluminado de su siglo”.

A lo largo de toda su existencia dominó el signo de la generosidad y el desprendimiento. Toda su obra fue un acto de entrega a la causa de los demás, a los desposeídos de bienes espirituales y materiales. Lo animaba el deseo y la voluntad de elevar la condición precaria de la cultura del Perú, de sacar a éste de la condición de país disminuído y de ponerlo en un nivel compatible con los avances científicos universales.

Tal vez una de sus cualidades más características fue la curiosidad intelectual que no le daba respiro ni reposo. Su interés por las cosas de la cultura era inmenso y arrollador. Nada escapó de su curiosidad insaciable (de allí su interés por el hipnotismo y el espiritismo), ningún aspecto de la ciencia, ningún resquicio de la tecnología más reciente (de allí su interés por la electrónica y la cibernética). Pero esa curiosidad no lo llevaba a la satisfacción de un deseo egoísta, pues su decisión fue siempre convertir esa voluptuosidad del hallazgo o el descubrimiento o el invento en

materia dispuesta para ser conocida por quienes no disponían de los medios para lograrlo. No concebía el disfrute intelectual sin compartirlo con los demás.

El recuerdo de Racso permanece vivo tanto en los lectores anónimos que leyeron sus textos de divulgación como también en los iniciados en los menesteres de la cultura que apreciaron críticamente su obra de creación.

Para justificar su memoria no habría expresión más justa que este hermoso párrafo con el que corona su informado y revelador trabajo sobre Copérnico que calza con exactitud en el caso de Racso:

“La verdadera muerte es el olvido, ese segundo sudario de los muertos a que alude el poeta, más destructor e implacable que la mortaja material. Pero este anonadamiento definitivo de los que fueron depende de nosotros, de nuestra actitud ante la vida, pues no mueren los que continúan en el espíritu de sus admiradores”.

Racso continúa en nuestro recuerdo y en nuestro espíritu con su viva lección y quizás aun, desde el Olimpo de los sabios y los buenos, vela porque nunca se extinga su programa de *divulgar* la ciencia, de *renovar* la cultura y de *crear* con el pensamiento y la palabra.